

Por qué fracasan Acemoglu y Robinson: una crítica a las falacias neoinstitucionalistas acerca de la pobreza y riqueza de las naciones

Por: OAD

Acemoglu y Robinson alcanzaron la fama con su artículo de 2001, *The Colonial Origins of Comparative Development*, que más tarde convirtieron en un *bestseller* titulado *Por qué fracasan los países*. En 2024, su trabajo fue incluso galardonado con el Premio Nobel de Economía. La pregunta que plantean es amplia pero ambiciosa: *¿Cuáles son las causas fundamentales de las enormes diferencias en el ingreso per cápita entre países?* En otras palabras: *¿Qué distingue a los países pobres de los ricos?*

Esta pregunta dista de ser original. En efecto, fue la misma cuestión que motivó la obra más famosa de Adam Smith, como lo deja claro su título: *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Comprender por qué unas naciones prosperan y otras fracasan no es un debate académico menor: define cómo viven miles de millones de personas.

En su artículo de 2001, Acemoglu y Robinson retoman la línea del institucionalista Douglass North (de ahí que su enfoque hoy se conozca como «neoinstitucionalismo») al afirmar que «*los países con mejores instituciones, derechos de propiedad más seguros y políticas menos distorsionadoras invertirán más en [...] capital [...] para alcanzar mayores niveles de ingreso*»¹. No obstante, ¿qué significa realmente esto? Y más aún, ¿por qué un país tendría «mejores instituciones» que otro para empezar?

Sostengo que Acemoglu y Robinson malinterpretan el concepto de instituciones, crean una división espuria entre instituciones «extractivas» e «inclusivas», y se apoyan en ejemplos históricos erróneos

¹ Daron Acemoglu, Simon Johnson y James A. Robinson, *The Colonial Origins of Comparative Development: An Empirical Investigation*, *The American Economic Review*, 2001.

para llegar a sus conclusiones. Así logran pasar de una explicación liberal a una receta estatista. En este ensayo discutiré las implicaciones de estas imprecisiones y cuáles son, en realidad, las verdaderas causas del desarrollo económico. Si queremos entender el éxito y no solo los fracasos de las naciones, debemos ir más allá del espejismo neoinstitucionalista.

1. La teoría neoinstitucionalista de Acemoglu y Robinson y sus consecuencias

1.1 Sobre las instituciones

Acemoglu y Robinson han priorizado el trabajo empírico sobre el teórico. De hecho, en su obra se evidencia una falta de comprensión profunda de lo que realmente son las instituciones. El artículo original de 2001 apenas define qué son las instituciones y enseguida inicia una discusión sobre las «instituciones extractivas». Concretamente, Acemoglu y Robinson dividen el colonialismo en dos categorías: colonialismo extractivo y colonialismo de asentamiento, donde el primero se refiere a la mera «explotación de recursos» y el segundo implica la replicación o imitación de «instituciones» europeas. Algunos países colonizados fueron despojados de sus recursos naturales y poco más, mientras que otros fueron poblados por europeos que trajeron consigo sus «instituciones europeas» (con ejemplos como Australia, Nueva Zelanda, Canadá y Estados Unidos).

Lo novedoso de su artículo de 2001 fue el uso de *la tasa de mortalidad de los colonos* para distinguir entre colonialismo extractivo y de asentamiento. Según Acemoglu y Robinson, las colonias con mayores tasas de mortalidad entre colonos son extractivas, y aquellas con tasas bajas son de asentamiento. Morir y marcharse o vivir y asentarse: esa fue su lógica. Sin embargo, ¿podría haber algún problema con esta lógica? Primero, existen muchas otras causas, más importantes, de tasas altas de mortalidad — enfermedades como la malaria, para empezar. Pero segundo, y más importante, los europeos no solo trajeron sus instituciones: *trajeron consigo a sí mismos*. De hecho, fueron Edward Glaeser *et al.* quienes argumentaron que las personas (o capital humano, como lo llaman), y no las instituciones, son responsables de esta divergencia en riqueza. Concretamente:

El capital humano es una fuente de crecimiento más básica que las instituciones; los países pobres salen de la pobreza mediante buenas políticas, a menudo aplicadas por dictadores, y posteriormente mejoran sus instituciones políticas.²

Glaeser y compañía explican esta diferencia crucial de manera acertada: o bien se sostiene que se debe tener democracia, participación política y control ciudadano (instituciones políticas inclusivas, como dirían Acemoglu y Robinson) para contar con instituciones económicas que permitan el desarrollo, o bien se argumenta que se necesitan ideas y cultura, encarnadas en personas (capital humano), capaces de asegurar los derechos de propiedad. El desarrollo económico surge como resultado, y las instituciones políticas se vuelven inclusivas como consecuencia de la mayor riqueza y no al revés. Corea del Sur, Taiwán y China lo prueban: crecieron sin democracia.

En su trabajo posterior, en el libro *Por qué fracasan los países*, Acemoglu y Robinson al menos intentan definir las instituciones. El institucionalista al que ambos citan, Douglass North, comienza su libro *Institutions, Institutional Change and Economic Performance* definiendo las instituciones como «las reglas del juego en una sociedad»³. Por sus propios escritos, parece que Acemoglu y Robinson están de acuerdo con esta definición. Sin embargo, North va un paso más allá y añade:

Las instituciones son restricciones creadas por los humanos que estructuran la interacción política, económica y social. Consisten tanto en *restricciones informales* (sanciones, tabúes, costumbres, tradiciones y códigos de conducta) como en *reglas formales* (constituciones, leyes, derechos de propiedad).⁴

Más importante aún, en reconocimiento del trabajo de Hayek sobre el orden espontáneo, North entiende explícitamente la diferencia entre instituciones sociales que surgieron de forma no intencionada y evolucionaron mediante prueba y error a lo largo de extensos períodos de tiempo, y organizaciones que fueron construidas conscientemente por un grupo de personas. Sin embargo, para Hayek, las organizaciones claramente no son instituciones: para él, las instituciones son «el resultado de la acción humana pero no del diseño humano»⁵. Las instituciones pueden, a su vez, ser respetadas

² Glaeser, La Porta, Lopez-de-Silanes y Shleifer, *Do Institutions Cause Growth?*, Journal of Economic Growth, 2004.

³ Douglass C. North, *Institutions, Institutional Change and Economic Performance*, 1990.

⁴ *Ibid.*

⁵ Friedrich A. Hayek, *Law, Legislation and Liberty, Volume 1: Rules and Order*, Chicago: University of Chicago Press, 1973.

o distorsionadas desde arriba hacia abajo, es decir, vía coacción estatal. Las instituciones, por tanto, no son producto de agencia y diseño, sino de evolución espontánea. Para North, parece que las instituciones pueden ser ambas cosas: espontáneas y creadas, sin trazar una distinción tan clara entre instituciones y organizaciones. Al no establecer esta distinción con claridad, North comete un error al dividir las instituciones en restricciones informales (cultura de abajo hacia arriba) y restricciones formales (imposición de arriba hacia abajo) y, más adelante, olvidarse de esta distinción y confundir ambas.

Con Acemoglu y Robinson, esto va más lejos: para ellos, *todas las instituciones son de diseño humano*, algo equivalente a *organizaciones* políticas y económicas que establecen las «reglas del juego». Especialmente al discutir la idea de élites políticas que diseñan instituciones para extraer rentas para sí mismas, se refieren claramente —aunque de forma implícita— a actores políticos que imponen reglas económicas. De hecho, los Nobel ven las instituciones como simples «reglas del juego» dictadas por el gobierno; de ahí que McCloskey los tilde de «estatistas». Las instituciones económicas, para ellos, consisten simplemente en reglas y políticas económicas, y las instituciones políticas son el mecanismo mediante el cual se redactan. Su pensamiento neoinstitucionalista se reduce a «reglas del juego políticas» que determinan «reglas del juego económicas», sin ningún espacio para la distinción hayekiana entre órdenes espontáneos y diseñados deliberadamente. Estas «reglas del juego» son lo único que Acemoglu y Robinson entienden como «instituciones».

Sostienen que, siempre y sin excepción, las instituciones económicas son producto de las instituciones políticas⁶. Por ejemplo, escriben que los bajos niveles educativos en países pobres se deben a «instituciones económicas fallidas». No queda claro qué sugieren exactamente. ¿Sugieren que la educación es demasiado cara? ¿Que los salarios al graduarse son demasiado bajos? ¿Que el gobierno no subsidia lo suficiente la educación? ¿Que los contenidos educativos son deficientes?

⁶ He sostenido en escritos anteriores, por el contrario, que es la economía la que determina la política. Cuando las masas experimentan dolor económico y un bolsillo más ajustado, se siembra la semilla de la agitación y el cambio político. Sobran los ejemplos.

¿Que la forma de suministrar educación es errónea y debería ser pública, privada o alguna combinación? En sus propias palabras⁷:

Cada sociedad funciona con un conjunto de reglas políticas y económicas creadas e impuestas por el Estado y los ciudadanos colectivamente. Las instituciones económicas dan forma a los incentivos económicos: los incentivos para recibir una educación, ahorrar e invertir, innovar y adoptar nuevas tecnologías, etcétera. Es el proceso político lo que determina bajo qué instituciones económicas se vivirá y son las instituciones políticas las que determinan cómo funciona este proceso. Por ejemplo, las instituciones políticas de una nación determinan la capacidad de los ciudadanos de controlar a los políticos e influir en su comportamiento.⁸

Luego siguen argumentando que la pobreza es el resultado de «instituciones extractivas» (es decir, una élite política extractiva que impone reglas o políticas económicas extractivas) y nada más. Por el contrario, el desarrollo de un país rico y exitoso económicamente es simplemente el resultado de «instituciones inclusivas».

No hablemos directamente de sesgo de confirmación, pero resulta fácil caer en la trampa, una vez tenemos un modelo excesivamente simplificado de instituciones extractivas e inclusivas, de racionalizar a posteriori que el fracaso de un país para crecer o desarrollarse se debe a reglas del juego extractivas y, necesariamente, a políticas económicas impuestas por una clase política extractiva. Pero como diría Korzybski, «el mapa no es el territorio»⁹: un mapa o modelo demasiado simple puede desviarnos de la realidad¹⁰.

⁷ Resulta irónico que Ludwig von Mises, al explicar la teoría de la preferencia temporal, sostenga que el ahorro —y, en última instancia, la inversión— dependen más del hábito capitalista y la cultura que de incentivos económicos. Racionalmente, los individuos deberían tener incentivos para ahorrar e invertir, pero no indefinidamente, ya que siempre se necesita cierto nivel de consumo presente y es ilógico hablar de posponer el consumo para siempre (en sentido literal). La única razón por la que algunas personas —y algunas sociedades— ahorran más y consumen menos es la preferencia temporal subjetiva, la cual, a su vez, está determinada por la acción humana y el contexto cultural en que surge esa preferencia; en resumen: la cultura.

⁸ Daron Acemoglu y James A. Robinson, *Por qué fracasan los países*. Barcelona: Deusto, 2012.

⁹ Alfred Korzybski, *Science and Sanity: An Introduction to Non-Aristotelian Systems and General Semantics*, 1933.

¹⁰ Resulta, nuevamente, irónico que Acemoglu y Robinson sigan, en realidad, otra filosofía: en lugar de mostrar la humildad intelectual que surge de reconocer los límites de los modelos (sobre)simplificados para entender la realidad, afirman que aplican la «navaja de Occam», es decir, elegir la explicación más simple que se ajuste a los hechos. A veces esto es un buen consejo, pero solo bajo ciertas condiciones: no se puede confundir la simplicidad de un modelo con la simplicidad del mundo. Taleb advirtió contra esto como «empirismo ingenuo»: en ámbitos con colas gruesas —como la economía, las

Toda historia real del desarrollo económico en países ricos se vuelve una caricatura, seleccionando solo la evidencia que encaja con la visión extractiva versus inclusiva. El *cherry picking* de evidencia histórica se convierte en la norma para sostener un marco teórico débil.

Peor aún, en muchos lugares existe amplia evidencia de clases políticas extractivas que permanecen en el poder mientras producen un claro desarrollo económico, *a pesar de* su naturaleza política exclusiva y extractiva. La mayoría de estos ejemplos se «racionalizan»: si un país crece (como China) y alcanza niveles de ingreso de economía avanzada (digamos, Italia), entonces Acemoglu y Robinson argumentan que ese crecimiento es «insostenible» y «se estancará». ¿Qué tan insostenible? Esa es la verdadera pregunta, ya que, desde su misma creación, lugares como Shenzhen han crecido, a pesar de muchos obstáculos, de forma inequívoca y a tasas sin precedentes *durante más de cuatro décadas*.

Sin embargo, en su propio libro usan contraejemplos como Corea del Sur, que también podemos examinar. El «milagro» coreano comenzó en 1962. De 1962 a 1969, la economía coreana creció un 8.7% anual y en la década de 1970 incluso más de 9%¹¹. En la década de los 90, Corea del Sur inició un proceso de democratización. Ahora, en los últimos 20 años, el crecimiento coreano se redujo a solo un 3.3% anual. En otras palabras, el crecimiento ocurrió bajo un régimen autoritario y extractivo que empezó a aplicar políticas de libre mercado en los 60 y, en cuanto Corea del Sur empezaba a tener instituciones políticas más «inclusivas», su crecimiento comenzó a decaer. Como dije, siempre intentarán «racionalizar» estos hechos históricos inequívocos, por ejemplo, diciendo que las tasas de crecimiento de Corea estaban destinadas a caer por rendimientos marginales decrecientes. Sin embargo, la realidad es que Corea tiene un PIB per cápita similar al de la República Checa o España, pero también similar al de Shenzhen, China. Aun así, Shenzhen sigue creciendo al 5 o 6% anual, mientras que Corea apenas crece al 1 o 2% anual, casi tres veces menos. A simple vista, esto no deja bien paradas a las instituciones políticas inclusivas, aunque Acemoglu y Robinson afirmen lo contrario.

Toda la discusión sobre instituciones «inclusivas» y «extractivas» es, sin duda, una clara ruptura con el pensamiento liberal clásico, así como con economistas contemporáneos como William A. Niskanen y

finanzas, la guerra o las relaciones sociales—, lo que parece una explicación simple y elegante suele ser una trampa; en otras palabras, la navaja de Occam puede ser un mal consejo.

¹¹ Marcus Noland, *Korea's Growth Performance: Past and Future*, Asian Economic Policy Review, 2012.

Thomas Sowell, quienes consideran al gobierno como una organización extractiva en sí misma. Como suele argumentar un colega, algunas élites políticas son simplemente más inteligentes que otras: casi siempre es mejor «extraer» una pequeña parte de una sociedad rica y altamente productiva que extraer una mayor parte de una sociedad muy pobre. Además, existen numerosos ejemplos de «instituciones políticas inclusivas» que han conducido a instituciones económicas altamente extractivas. Esto plantea la pregunta de si la premisa inicial de Acemoglu y Robinson es correcta. Confundir instituciones hayekianas con simples decretos políticos es un error que distorsiona toda explicación del desarrollo.

1.2 Sobre las élites

En *Por qué fracasan los países*, Acemoglu y Robinson escriben que «[...] si el reparto del poder es restrictivo e ilimitado», entonces las instituciones políticas serán absolutistas en lugar de «pluralistas»¹². A menudo enfatizan la democracia, pero siempre con pluralismo. Afirman que el problema de los desastres de izquierda en las democracias latinoamericanas se reduce a una democracia «sin pluralismo». Escriben: «evidentemente, existe una estrecha conexión entre el pluralismo y las instituciones económicas inclusivas»¹³. Es decir, ¿una amplia distribución del poder conduce al pluralismo, y eso a su vez a instituciones económicas inclusivas? Sea lo que sea que signifique esta etiqueta vacía, está lejos de ser obvio. ¿Pluralismo en qué? ¿Y por qué?

En este choque de conceptos vacíos, el «pluralismo político» debe ser lo contrario de la «uniformidad política». En una conclusión apresurada, la idea de cohesión política que John Stuart Mill defendía se deja completamente de lado. Quiero decir que un conjunto funcional de «reglas del juego» implica cierto acuerdo sobre principios políticos básicos, es decir, uniformidad más que pluralismo. En este sentido, una participación política amplia y popular, en lugar de una distribución estrecha del poder, suena estupenda... hasta que genera caos porque nadie siquiera concuerda en las reglas básicas del juego o en algún terreno moral-político compartido desde el inicio.

¹² Daron Acemoglu y James A. Robinson, *Por qué fracasan los países*. Barcelona: Deusto, 2012.

¹³ *Ibid.*

Por otro lado, Acemoglu y Robinson sí afirman claramente que una distribución «elitista» del poder conduce a instituciones políticas extractivas y, por lo tanto, a instituciones económicas extractivas. Esto, a su vez, genera un bucle de retroalimentación negativa:

Esta relación sinérgica entre instituciones económicas y políticas extractivas introduce un fuerte bucle de retroalimentación: las instituciones políticas permiten que las élites que controlan el poder político elijan instituciones económicas con pocas restricciones o fuerzas de oposición. También les permiten estructurar las instituciones políticas futuras y su evolución. A su vez, las instituciones económicas extractivas enriquecen a estas mismas élites, y su riqueza y poder económicos ayudan a consolidar su dominio político.¹⁴

Si bien esto puede parecer lógico a primera vista, se aplica principalmente a regímenes de corte comunista como Cuba y Venezuela, que terminaron nacionalizando industrias y confiscando propiedades. Como resultado, la élite política se convierte en la élite económica. En estos regímenes, las élites políticas son necesariamente élites económicas debido a la fusión de gobierno (y fuerzas armadas) y empresa. Por ejemplo, en Cuba, hoteles, comercio minorista, construcción y puertos están en manos de los militares; en Venezuela, el petróleo, las telecomunicaciones, la distribución de alimentos y muchos otros sectores son propiedad estatal. En estos casos, podría existir esta supuesta relación sinérgica. Aun así, no siempre basta para «consolidar» el poder, ya que la ineficiencia gubernamental, la baja inversión y la mala gestión suelen reducir la producción¹⁵. Más importante, esta idea de un supuesto bucle de retroalimentación negativa hace casi imposible explicar los milagros económicos postsoviéticos en países como Lituania, Estonia y otros. En un sistema socialista, la élite política se fusiona completamente con la élite económica, ya que el gobierno se convierte en propietario de los factores de producción. Sin embargo, en Lituania, por ejemplo, la élite política llevó al país hacia la propiedad privada, repartiendo acciones a la población en general, creando así nuevas élites económicas. Eso no parece algo que el «bucle» de Acemoglu y Robinson sea capaz de explicar. Incluso si esta lógica tiene sentido en regímenes de corte soviético, cubano o venezolano, es difícil defenderla en cualquier otro sistema. En cualquier otro sistema —donde los propietarios y empresarios

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Véase Daniel Fernández, *El socialismo destruyendo países: el caso de Venezuela*, UFM Market Trends, 2024.

son solo uno entre varios actores políticos que compiten por influir y que, a menudo, no logran controlar la política—, es muy dudoso que exista una verdadera relación simbiótica entre poder económico y político, a pesar de las recurrentes acusaciones de corrupción y compra de influencias.

Permítanme dar algunos ejemplos. Uno de los países que más he estudiado, Guatemala, siempre se descarta como un modelo oligárquico, semejante a las «instituciones extractivas» de Acemoglu y Robinson. Se decía que los «grandes monopolios» tenían a la política (y a las instituciones políticas) bajo su control férreo. A pesar de las elecciones, las grandes empresas corruptas supuestamente determinan los resultados políticos de una forma u otra, o eso se creía. En este caso, la evidencia es endeble: no solo las grandes empresas no pudieron evitar muchos cambios políticos que afectaron negativamente sus negocios o patrimonio neto (como fue el caso de la apertura de la industria cervecera o la política de salario mínimo desde los principios del siglo XXI), sino que más bien se trataba de un ejemplo de búsqueda de rentas políticas mediante proteccionismo, reduciendo la competencia extranjera, cobrando precios más altos y produciendo mayores volúmenes de lo que habría sido el caso. Pero ¿es esto suficiente para probar un «sabotaje político» de una élite económica que se autoenriquece sin freno? No realmente; las grandes empresas suelen preocuparse por defender sus propios intereses¹⁶, y poco más les importa. En palabras de Tyler Cowen en su libro *Big Business*:

La influencia de las grandes empresas en el gobierno estadounidense suele estar muy sobrevalorada. De hecho, no vivimos en una plutocracia y las empresas no siempre se salen con la suya. [...] Hoy ciertamente hay bastante capitalismo de amiguetes en Estados Unidos. [...] Pero, dicho todo esto, los datos no respaldan la idea de que las grandes empresas sean la fuerza dominante que moldea al gobierno estadounidense. [...] Las corporaciones en realidad no están tan en control.¹⁷

Dados los ejemplos que usan Acemoglu y Robinson en su libro, confunden constantemente élites políticas y élites económicas. Las élites económicas son inevitables debido a las economías de escala; además, no siempre son estables: cambian con el tiempo. Las élites económicas suelen ir de la mano

¹⁶ Es importante señalar que los intereses de las grandes empresas no necesariamente coinciden. El gran empresariado no es un bloque homogéneo: está compuesto por muchas empresas distintas, en diferentes sectores, cada una con intereses particulares en distintos momentos.

¹⁷ Tyler Cowen, *Big Business: A Love Letter to an American Anti-Hero*, 2019.

con la concentración de recursos, ya sea en tierras u otro tipo de propiedad (propiedad intelectual en Hollywood, por ejemplo). Pero la idea de que las élites económicas se convierten automáticamente en élites políticas casi omnipotentes que crean instituciones puramente extractivas para estafar y explotar a las masas es sencillamente falsa.

En este sentido, Acemoglu y Robinson parecen aspirar a convertirse en campeones mundiales del *cherry-picking*. Por ejemplo, explican cómo Deng Xiaoping cambió radicalmente la política económica en China (lo cual es cierto). Incluso admiten que Deng Xiaoping formaba parte de una élite política distinta dentro del Partido Comunista Chino (PCCh), «[...] no menos interesada en sí misma que sus rivales», pero con «intereses y objetivos políticos diferentes»¹⁸. En otras palabras, Deng Xiaoping y su facción dentro del PCCh son claramente élite en todo el sentido de la palabra, mientras que la población china general era completamente incapaz de ejercer *algún* tipo de control sobre la política. China, de ninguna manera, se puede explicar en virtud de un control popular. Este es justamente el problema de la teoría de Acemoglu y Robinson: no tiene sentido explicar los cambios en China diciendo que pasó de instituciones políticas extractivas a inclusivas. Simplemente pasó del comunismo a un capitalismo casi total, y ambas transiciones fueron impulsadas por élites del PCCh. Podría decirse que Deng Xiaoping fue responsable de esta «revolución política» que modificó las «instituciones económicas», es decir, las reglas económicas del juego. Sin embargo, esto contradice claramente la tesis central de Acemoglu y Robinson que, en última instancia, las instituciones políticas —las reglas políticas del juego— causan pobreza o prosperidad. En el caso de China, es evidente que las reglas políticas nunca cambiaron, ni es un caso de mayor «control popular» sobre la política, ni de «pluralismo político», aunque *sí hubo un cambio de liderazgo (personas) dentro del PCCh*.

Claramente sugieren que la mera existencia de élites políticas es una amenaza para las instituciones políticas inclusivas. Volviendo al ejemplo de Guatemala, escriben: «Las tierras fronterizas se asignaron a los políticamente poderosos y a quienes tenían dinero y contactos, lo que hizo que estas personas fueran aún más poderosas»¹⁹, sugiriendo, primero, que los ricos despojaron a los pobres de sus tierras y, segundo, que la tierra equivale a riqueza.

¹⁸ Daron Acemoglu y James A. Robinson, *Por qué fracasan los países*. Barcelona: Deusto, 2012.

¹⁹ *Ibid.*

Por un lado, esto parece una lógica excesivamente simplista que cae en los mismos errores económicos del viejo mercantilismo. La tierra no equivale a riqueza. La riqueza proviene de la empresa humana, no de la extensión territorial. A muchas personas y países en el mundo les sobra tierra, pero son miserablemente pobres y viceversa.

Por otro lado, incluso la primera afirmación es falsa. De hecho, en muchos países hace menos de un siglo, la tierra no era el factor escaso: el capital humano y físico sí lo eran²⁰. Por ejemplo, la lectura confusa de la historia guatemalteca por parte de Acemoglu y Robinson parece omitir que, en el día de su independencia en 1821, vivían apenas 250,000 personas en el país, o dos personas²¹ por km². Nicaragua, Honduras y Costa Rica eran básicamente tierras vacías. Por supuesto, todos estos detalles insignificantes no molestan a la «navaja de Occam» de Acemoglu y Robinson. Han comprado la historia marxista de América Latina y escriben que veintiséis familias «[...] han controlado el poder económico y político en Guatemala desde 1531»²². Parece como si las leyes de Pareto se pudieran aplicar en cualquier parte, excepto en un país centroamericano de 250,000 habitantes del tamaño de Virginia, con una mayoría indígena, donde 26 grandes familias de élite económica ya no suenan tan alarmantes.

El supuesto «acaparamiento de tierras» de las élites políticas guatemaltecas (que, en realidad, no eran tan poderosas dentro de los sistemas feudales indígenas y solían negociar con las élites indígenas que controlaban a su gente — los caciques) fue en su mayoría la ocupación de tierras sin uso. Aun así, en palabras de Acemoglu y Robinson: «para crear tierras para las fincas de café, los liberales impulsaron la privatización de la tierra, *en realidad un acaparamiento de tierras con el que podían capturar tierras previamente de propiedad comunal o estatal*»²³. Un conocimiento básico de los cultivos predominantes en la Guatemala basta para desmontar este mito: los cultivos más importantes en tierras comunales eran de maíz, que requiere tierras muy distintas de las que necesita el café (clima lluvioso, gran altitud

²⁰ Esto también fue, en gran medida, cierto en Estados Unidos. Véase, por ejemplo, la *Homestead Act* (Ley de Asentamientos Rurales) de 1862, que otorgaba 160 acres a cualquiera que estuviera dispuesto a vivir y desarrollar la tierra durante al menos cinco años.

²¹ En comparación, un neoyorquino de hoy necesita entre 0.03 y 0.06 km² para cubrir comida, vivienda, transporte, energía y agua. No es que sea dueño de esos 0.06 km² de tierra, sino que intercambia su trabajo para obtener aquellos bienes esenciales que requieren ese espacio.

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*

y laderas). La única razón por la que las tribus indígenas más tarde reclamarían tierras que no cultivaban como «suyas» (es decir, bajo su autoproclamada propiedad comunal) es que se volvieron productivas con el comercio del café. Supuestamente el trabajo de los siervos indígenas (controlados por caciques) constituye un derecho legítimo sobre el café producido y las fincas cafetaleras. Hay algunas verdades básicas en todo esto: Guatemala era más rica, incluidos los indígenas, *con* los colonos europeos; y el trabajo forzado no era una característica de «instituciones extractivas» traídas por los colonizadores, sino que ya era prevalente en las comunidades indígenas, e impuesto por caciques. Los europeos, para producir café, negociaron con los jefes indígenas para obtener mano de obra.

La teoría del «acaparamiento de tierras» parece sacada de un sombrero político de hoz y martillo como un conejo. Hay muchas otras inexactitudes históricas en Acemoglu y Robinson. Por ejemplo, escriben que el presidente Jorge Ubico, un dictador, se oponía a la industrialización de Guatemala con tal de sostener su poder político. Al evitar la industrialización, evitaría la creación de una nueva élite económica que rivalizara con la existente élite terrateniente. Esto contradice la verdad: Ubico no solo promovió y defendió la industrialización en palabra²⁴; la persiguió activamente. Construyó carreteras y puertos y promovió plantas hidroeléctricas; se establecieron o expandieron fábricas textiles. Surgieron manufacturas ligeras (jabones, alimentos procesados, productos químicos). No solo fue retórica: fue retórica con acción política real²⁵.

En suma, la historia no encaja bien en un molde tan simplista como «élites = malas» versus «pluralismo = bueno», y mucho menos cuando los propios ejemplos de Acemoglu y Robinson muestran lo contrario. En realidad, gran parte de la historia del desarrollo económico, reciente o pasada, está íntimamente ligada a élites capaces de promover prosperidad, pese a la teoría neoinstitucionalista que insiste en negarlo.

²⁴ Varias biografías, como *Don Jorge: An Anecdotal Biography of Jorge Ubico* por Ameringer de 1978, citan a Ubico enfatizando la «industrialización y modernización».

²⁵ Acemoglu y Robinson usaron el libro *Guatemalan Caudillo: The Regime of Jorge Ubico, Guatemala 1931–1944* de Kenneth J. Grieb, pero esta biografía se centra principalmente en las excentricidades personales de Ubico: solía vestirse como Napoleón y tenía debilidad por las mujeres.

1.3 Sobre la democracia

Acemoglu y Robinson han sido lo suficientemente astutos como para no equiparar directamente las «instituciones políticas inclusivas» con la democracia, aunque todas sus conclusiones coinciden con la doctrina de la «democratización». En sus propias palabras:

Son las instituciones políticas de una nación las que determinan la capacidad de los ciudadanos para controlar a los políticos e influir en su comportamiento. Esto, a su vez, determina si los políticos actúan como agentes de los ciudadanos, aunque imperfectos, o si pueden abusar del poder que se les ha confiado, o que han usurpado, para amasar sus propias fortunas y perseguir sus propias agendas, perjudiciales para las de los ciudadanos. Las instituciones políticas incluyen, pero no se limitan, a constituciones escritas o a si la sociedad es una democracia. Incluyen el poder y la capacidad del Estado para regular y gobernar la sociedad. También es necesario considerar, de forma más amplia, los factores que determinan cómo se distribuye el poder político en la sociedad, en particular la capacidad de distintos grupos para actuar colectivamente para perseguir sus objetivos o impedir que otros persigan los suyos.²⁶

En otras palabras, sostienen que la democracia *no es suficiente* o ni siquiera un requisito. Incluso en ausencia de sufragio universal, afirman Acemoglu y Robinson, las instituciones políticas pueden ser «inclusivas» cuando los poderes están distribuidos. Por lo tanto, las reglas políticas del juego son inclusivas *siempre que los ciudadanos puedan ejercer control sobre una clase política*, es decir, si la clase política es un medio de los ciudadanos o no.

Al definir así las instituciones políticas inclusivas, Acemoglu y Robinson evitan una discusión — probablemente necesaria— sobre casos de éxito económico temprano, como los Países Bajos, el Reino Unido y Estados Unidos, donde las instituciones políticas eran todo menos inclusivas²⁷. Incluso los casos más recientes de Corea del Sur, Chile, Taiwán, Singapur, Hong Kong, China, Alemania (tras la Segunda Guerra Mundial) y los Emiratos Árabes Unidos desafían claramente la doctrina de que la

²⁶ Daron Acemoglu y James A. Robinson, *Por qué fracasan los países*. Barcelona: Deusto, 2012.

²⁷ Aunque las instituciones políticas no eran inclusivas, sus ciudadanos gozaban de muchas libertades personales. En estas circunstancias, pudieron surgir innovaciones como las finanzas (acciones, contratos de opciones, contratos de futuros, etcétera) y la imprenta; esta última, en particular, impulsó tasas de alfabetización relativamente altas. Pero sería exagerado atribuir eso a supuestas reglas del juego políticas «inclusivas»; más bien, fue consecuencia de libertades económicas efectivas —aunque no siempre institucionales— que no existían en otras partes de Europa.

«democratización es necesaria para el desarrollo». Además, como argumentó Ludwig von Mises²⁸, ningún régimen o élite en ningún sistema está completamente exento de la convicción popular: cualquier gobierno, de una u otra forma, depende de la opinión o el apoyo mayoritario. Esta idea de Mises se manifiesta en la forma en que el gobierno responde a demandas populares (que es el tipo de control que Acemoglu y Robinson podrían incluso, sin querer, dar por sentado), o en que el aparato estatal trabaja para moldear la opinión mayoritaria²⁹ «vía positiva» mediante propaganda, o «vía negativa», mediante la eliminación de la disidencia. De hecho, si seguimos al argumento de Mises, ningún sistema es puramente inclusivo o extractivo. Aún más importante, la idea misma de que los ciudadanos comunes controlan a los políticos podría ser exagerada, precisamente porque no logran organizarse colectivamente de forma eficaz (ver, por ejemplo, Olson³⁰). De hecho, las preferencias de política pública de la ciudadanía pueden estar sesgadas o ser equivocadas (Caplan³¹) e incluso ciertas políticas pueden fluir de las élites hacia los ciudadanos (Holcombe³²), y no al revés (apoyar, por ejemplo, una ley no suele ser cuestión de preferencia popular, sino de voluntad de una élite y aplauso tribal).

Dicho más crudamente, si la definición de «inclusión política» es la capacidad de una población para controlar a las élites políticas, entonces, de repente, los ejemplos históricos se vuelven bastante escasos. Casi ningún ejemplo histórico encajaría con las «instituciones políticas inclusivas» de Acemoglu y Robinson (una democracia no basta y las poblaciones en las democracias modernas no controlan la política, es decir, las «instituciones económicas») o bien casi todos los ejemplos históricos serán casos de «instituciones políticas inclusivas» (incluso la mayoría de los regímenes autoritarios respondieron a la opinión popular, pues su método de control no solo podía ser la fuerza). En todo caso, el concepto simplificado de «inclusión política» se convierte en un concepto absurdo cuando se aplica de forma binaria, arbitraria y empíricamente ingenua como lo hacen Acemoglu y Robinson. Y

²⁸ Ludwig von Mises, *La Acción Humana*, 1949.

²⁹ Esto puede tomar la forma de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) en Cuba, un mecanismo de vigilancia civil con repercusiones para la disidencia política (terriblemente parecido al Gran Hermano y la policía del pensamiento de Orwell).

³⁰ Mancur Olson, *The Logic of Collective Action*, 1965.

³¹ Bryan Caplan, *The Myth of the Rational Voter: Why Democracies Choose Bad Policies*, 2007.

³² Randall G. Holcombe, *Following Their Leaders: Political Preferences and Public Policy*, 2023.

cuando digo ingenuamente empírica, me refiero a los «estudios de caso» superficiales, históricamente inexactos e incompletos, así como al tipo de regresiones que ambos usan en la mayoría de sus artículos: clasificar países en dos grupos según un factor absurdo de «inclusión política» y luego derivar promedios de resultados de esa división.

No les queda más remedio que forzar la evidencia para mostrar que las sociedades hoy ricas *debieron ser* inclusivas desde sus orígenes y así adaptar retroactivamente cualquier evidencia histórica. De hecho, en *Por qué fracasan los países*, la democracia se equipara a menudo con instituciones políticas inclusivas tan pronto como se presentan casos de países, sin mucha evidencia adicional, a pesar de que, de forma explícita, intentaban separar la democracia de las «instituciones políticas inclusivas» desde un principio. Permítanme dar algunos ejemplos de cómo primero intentan aislar la democracia de la inclusión política y luego, al aplicar los conceptos a estudios de caso históricos, terminan equiparándolos. Comencemos con Australia:

[Los] exconvictos y sus hijos exigían mayores derechos. [...] La demanda de instituciones representativas era fuerte y no podía ser suprimida. [...] Para la década de 1850, Australia había introducido el sufragio masculino adulto blanco.³³

Primero, como es mi argumento, en el caso de Australia, Acemoglu y Robinson equiparan instituciones políticas inclusivas con sufragio, representación electoral y participación política directa. Es decir, en la práctica, instituciones políticas inclusivas = democracia (democracia sin, supuestamente, corrupción, como veremos más adelante). Segundo, y en respuesta al caso de Australia, sostengo que describe mal la historia australiana; además, se minimizan factores culturales claramente presentes en la Australia colonizada por europeos. Empecemos diciendo que, aunque cierto nivel de simplificación de procesos históricos complejos es inevitable, resulta extraño reducir todo a unas simples «reglas del juego inclusivas». Para empezar, estas eran todo menos inclusivas en Australia: había muchas restricciones de sufragio mediante requisitos de impuestos y propiedad. Y, en la práctica, solo la élite propietaria de tierras (leal a la Corona británica) podía ser electa. Minorías pequeñas conformaban el electorado. Además, Australia era una sociedad de terratenientes y buscadores de oro (*gold diggers*).

³³ Daron Acemoglu y James A. Robinson, *Por qué fracasan los países*. Barcelona: Deusto, 2012.

Estos últimos representaban una parte importante de la población total (a veces $\frac{1}{3}$ en lugares como Victoria) y tenían intereses muy específicos y reducidos en el comercio de oro. Parece exagerado suponer que esos buscadores de oro, en su mayoría europeos, estuvieran realmente interesados en algún tipo de configuración política inclusiva o en las instituciones económicas en general. A menudo, tenían intereses tan centrados en su gremio que actuaban más como una gran base sindical que como un verdadero electorado político.

Como se puede imaginar, discutir el trasfondo de los cambios políticos en distintos países es interesante en sí mismo, pero dado el punto de partida de Acemoglu y Robinson, toda evidencia histórica debe encajarse a la fuerza dentro de su esquema «inclusivo» versus «extractivo». Esto nos lleva al punto final y más importante: estos colonos europeos trajeron consigo la cultura europea. No trajeron «instituciones» ni sus «instituciones políticas» fueron por arte de magia menos extractivas; pero eran europeos, llevaban herencias, ideas y costumbres británicas y holandesas, incluso la religión de la época y, tal vez, solo tal vez, Australia tomó su propio camino hacia el desarrollo en circunstancias extraordinarias (especialmente con el comercio de oro), pero claramente mediante la cultura, costumbres y normas de Europa occidental traídas por inmigrantes. De hecho, muchas de las reglas políticas del juego y organizaciones políticas (que es como Acemoglu y Robinson definen instituciones políticas) no se trajeron ni se imitaron directamente; no se parecían a las «instituciones de origen».

También en el caso de Nogales, Arizona (Estados Unidos), frente a Nogales, México, que analizaremos más adelante, Acemoglu y Robinson tratan de evocar las instituciones económicas y, en última instancia, las instituciones políticas como el factor clave de las diferencias económicas entre ambos lugares vecinos. Sin embargo, por ahora, como estamos centrados en la democracia, así describen las instituciones políticas en Nogales, Arizona:

Los residentes de Nogales, Arizona, dan por sentado que, con su [...] corrupción ocasional, el gobierno es su agente. Pueden votar para reemplazar a su alcalde, congresistas y senadores; votan en las elecciones presidenciales que determinan quién dirigirá su país. La democracia es algo natural para

ellos. [...] Los residentes de Nogales, Sonora, viven con la corrupción de los políticos [...]. A diferencia de sus vecinos del norte, la democracia es para ellos una experiencia muy reciente.³⁴

Así, se argumenta que las «instituciones políticas inclusivas» son más que democracia, pero al final parecen indistinguibles de ella. De hecho, a juzgar por su libro *Economic Origins of Dictatorship and Democracy* (de 2005), aún equiparaban la democracia con inclusión política. En sus propias palabras, en el libro que precede a *Por qué fracasan los países* (de 2012): «las democracias generan políticas más a favor de los ciudadanos que las no democracias»³⁵. Lo que ocurrió de 2005 a 2012 fue básicamente que añadieron «excepciones» a su fórmula de «la democracia produce riqueza» o «la ausencia de democracia produce pobreza», una de ellas siendo la corrupción gubernamental que trataremos más adelante.

La evidencia empírica sobre la relación entre democracia (específicamente el sufragio universal) y desarrollo económico es débil, por decir lo menos. Es posible que no solo sea inexistente, sino incluso contraria a la relación propuesta. Muchas democracias modernas han fracasado económicamente o están peor que antes de democratizarse; muchas «no democracias» modernas han tenido éxito, desde Singapur hasta los Emiratos Árabes Unidos, y desde China hasta la propia Alemania tras la Segunda Guerra Mundial bajo gobierno militar. Muchos politólogos han justificado los fracasos de la democracia para producir resultados económicos como un problema de «expectativas excesivamente optimistas» respecto a lo que la democracia podía ofrecer, en lugar de un problema de la democracia en sí.

Esta visión paternalista de la democracia no solo es equivocada, sino que se vuelve grotesca cuando se la presenta como una cura mágica para todo: la democracia no solo, supuestamente, produce desarrollo, sino que si no lo produce, educará a los ciudadanos empoderados para que lo consigan. Es como meter un pastel en un horno apagado y decir que, con suficiente tiempo, el pastel se horneará solo. En mi propia versión satírica, resumiría esta visión mágica así: ¡la democracia es genial y produce crecimiento económico! ¿Pero qué pasa con los países que se desarrollaron antes de la democracia? ¡Estaban en camino hacia la democracia! ¿Y las democracias que no producen

³⁴ *Ibid.*

³⁵ Daron Acemoglu y James A. Robinson, *Economic Origins of Dictatorship and Democracy*, 2006, p. 116.

crecimiento? ¡Están acostumbrándose a la democracia! ¿Y las democracias maduras que no generan crecimiento? ¡Son corruptas!

La popularidad del neoinstitucionalismo del siglo XXI dentro de la profesión económica y, aparentemente, entre distintas ideologías, radica precisamente en que logra seducir a ambos bandos. Su teoría es compatible con la idea de «sociedades abiertas» de Soros³⁶, que se asemeja a las instituciones políticas inclusivas de Acemoglu y Robinson (por supuesto, un gobernante electo democráticamente podría ser, aunque elegido libremente, un enemigo de la «sociedad abierta» y contrario a las «instituciones inclusivas»), así como con la teoría del «retroceso democrático» y la ola de democratización impulsada por el *establishment* progresista estadounidense a través de organizaciones como la National Endowment for Democracy (y su revista *Journal of Democracy*). Sin embargo, su teoría también es popular entre supuestos defensores de la empresa privada que desean congraciarse con la élite académica sesgada a la izquierda o con la red internacional de ONG donde fluye abundante dinero, donde los fracasos pueden justificarse con el comodín de la corrupción, especialmente cuando esa acusación viene acompañada de un saco de dinero para «ayuda internacional».

En resumen, Acemoglu y Robinson, en teoría, afirman que las instituciones políticas inclusivas no equivalen a democracia, pero en la práctica sí las equiparan. El hecho es que la supuesta relación entre democracia y desarrollo económico es inexistente. Cuando un país se desarrolló en ausencia de democracia, distorsionan los períodos históricos hasta insinuar que la democratización posterior fue responsable del desarrollo previo o seleccionan anecdóticamente cualquier evidencia que sugiera algún tipo de «control popular» sobre el gobierno antes de la democratización, algo que, sin duda, puede encontrarse en casi cualquier circunstancia. Además, dado el pobre historial de la democracia en materia de crecimiento, argumentan —falsamente— que las democracias que no logran generar desarrollo económico se deben a «instituciones extractivas»: «no basta con solo democracia». En consecuencia, y de forma falsa, utilizan chivos expiatorios como la «democracia inmadura» y la «corrupción» —que trataré con más detalle más adelante— para justificar tales fracasos.

³⁶ George Soros, *Toward a New World Order: The Future of NATO*, 1993.

1.4 Sobre la cultura

En *Por qué fracasan los países*, Acemoglu y Robinson abordan la «hipótesis cultural». En una escueta refutación de apenas cinco páginas, agitan su varita mágica y sostienen que la cultura no importa porque Argentina y Uruguay tienen un mayor porcentaje de descendientes europeos en comparación con Canadá o Estados Unidos, y, sin embargo, son pobres. Japón y Singapur nunca tuvieron descendientes europeos y son ricos. Estados Unidos y Canadá son de «descendencia inglesa», según Acemoglu y Robinson, pero Sierra Leona y Nigeria también lo son, y son igual de pobres que cualquier otra nación africana, a pesar de su supuesta «cultura inglesa». Por supuesto, estas generalizaciones tan extremas requieren poco o ningún esfuerzo de análisis adicional, ni matices sobre cómo y por qué el continente europeo fue el primero en escapar de la pobreza extrema. Sin embargo, Acemoglu y Robinson no solo no definen cultura, y mucho menos la vinculan con el orden espontáneo hayekiano, sino que la confunden con una discusión superficial sobre estereotipos nacionales (los mexicanos son perezosos, los africanos creen en la brujería, etcétera). Por supuesto, una discusión más rigurosa sobre cómo la identidad cultural, ligada al lenguaje que condiciona y arrastra preferencias ideológicas brilla por su ausencia (es decir, algunas culturas pueden considerarse más capitalistas, otras anticapitalistas).

Además, cuando Acemoglu y Robinson abordan la cultura, no reflexionan sobre cómo y por qué las instituciones abstractas funcionarían o se sostendrían sin personas cultural o moralmente respetuosas de dichas instituciones. Esto se relaciona con el viejo adagio de que «una constitución sin una cultura y un pueblo constitucionalmente conscientes es solo un documento muerto», o como diría John Adams en 1798: «Nuestra Constitución fue hecha solo para un pueblo moral».

Si adoptamos una visión más realista del desarrollo económico global, debemos entender que Acemoglu y Robinson confunden varios aspectos: primero, los orígenes de abajo hacia arriba (de carácter cultural) del mejoramiento económico; segundo, la imitación superficial de arriba hacia abajo del mejoramiento económico, aunque a veces fracase; y tercero, la destrucción también desde arriba hacia abajo del mejoramiento económico. De hecho, fue precisamente la ausencia incidental de esa destrucción desde arriba hacia abajo en partes del Noroeste de Europa —en gran parte gracias a la

densidad poblacional que produjo conflicto y, después, descentralización política— lo que permitió que surgieran instituciones favorables al desarrollo económico.

Debemos explicar la génesis de ciertas instituciones, particularmente de los órdenes espontáneos, para comprender el origen mismo del mejoramiento económico. Como argumenta McCloskey³⁷, esto no ocurrió en cualquier parte: sucedió específicamente en el Noroeste de Europa, en la pequeña pero exitosa República Holandesa y, después, en Gran Bretaña. En estos lugares surgió una cultura comercial que comenzó a respetar y «dignificar», como dice McCloskey, a comerciantes, inventores y empresarios. El capitalismo, la especulación y la innovación (probar distintos métodos) se volvieron moralmente dignos. La cultura empezó a abrazar la idea de que la gente común podía mejorar su vida mediante el comercio, la innovación y el trabajo arduo. La actividad empresarial se volvió «honorable». Estas ideas se difundieron a través de panfletos, libros, sermones y periódicos. Solo en estas condiciones pudieron surgir instituciones capitalistas; la cultura, especialmente la de la «burguesía», es decir, las clases altas mercantiles, eventualmente cambió las «reglas del juego económico», las instituciones económicas, como las llama Acemoglu y Robinson. No fueron movimientos populares, sino de los (relativamente) acomodados; la tasa de alfabetización, incluso en los Países Bajos, apenas estaba entre el 10 y 20 % en el siglo XVI.

Paradójicamente, en la sección *The Making of Inclusive Institutions*, donde Acemoglu y Robinson intentan explicar la génesis del desarrollo económico, ni siquiera mencionan a los Países Bajos. «Inglaterra fue única entre las naciones cuando logró el avance hacia un crecimiento económico sostenido»³⁸, escriben. Peor aún, argumentan que los Países Bajos no se desarrollaron rápidamente hasta la Revolución Francesa de 1789. «Francia exportó sus instituciones al invadir y reformar por la fuerza las instituciones extractivas de varios países vecinos. Así abrió el camino a la industrialización no solo en Francia, sino en [...] los Países Bajos»³⁹. Hablando de reescribir la historia⁴⁰: la República Holandesa fue uno de los lugares más prósperos del mundo en el siglo XVII, antecedió a Gran Bretaña

³⁷ Deirdre N. McCloskey, *Bourgeois Dignity: Why Economics Can't Explain the Modern World*, 2010.

³⁸ Daron Acemoglu y James A. Robinson, *Por qué fracasan los países*. Barcelona: Deusto, 2012.

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ Un buen libro reciente sobre el origen del capitalismo (y el desarrollo económico) es *Pioneers of Capitalism*, escrito por Maarten Prak y Jan Luiten van Zanden.

(de hecho, la Revolución Gloriosa mencionada por Acemoglu y Robinson estuvo vinculada a los Países Bajos), tenía la flota mercante más grande del mundo, mayor que la de Inglaterra, Francia y España juntas; tuvo la primera sociedad anónima multinacional emisora de acciones, que para 1637, en dinero actual, tenía una capitalización bursátil de 7 billones de dólares; triplicaba el PIB per cápita y la alfabetización de cualquier otro lugar, tenía tasas de interés más bajas y se convirtió en el centro comercial y financiero mundial. No me crean a mí, lean a Adam Smith, quien al parecer no está entre las lecturas de los neoinstitucionalistas: «Holanda, en proporción a la extensión de su tierra y el número de sus habitantes, [es] por lejos el país más rico de Europa [...] [y] en consecuencia posee la mayor parte del comercio de Europa»⁴¹. Y esto no se debió a instituciones políticas inclusivas: «La forma republicana de gobierno parece ser el principal sostén de la actual *grandeza* de Holanda. Los propietarios de grandes capitales, las grandes familias mercantiles, suelen tener participación directa o influencia indirecta en la administración de ese gobierno»⁴². Incluso Adam Smith habló de la «cultura empresarial» como parte integral del origen del capitalismo. Específicamente:

La provincia de Holanda parece acercarse a este estado [de cultura]. Allí es mal visto no ser un hombre de negocios. La necesidad hace que casi todos lo sean, y la costumbre en todas partes regula la moda. Así como es ridículo no vestirse, también lo es, en cierto modo, no ocuparse como los demás. Así como un hombre de profesión civil parece torpe en un campamento o guarnición y corre incluso el riesgo de ser despreciado allí, *así también un hombre ocioso entre hombres de negocios*.⁴³

Todo esto es bastante irónico, ya que Acemoglu y Robinson escriben que la Revolución Gloriosa de 1688 fue el momento clave de unas «instituciones políticas más inclusivas» que luego llevaron al *Gran Enriquecimiento*. Pero la Revolución Gloriosa estuvo profundamente ligada a la influencia holandesa: Guillermo de Orange, que asumió el trono inglés, era producto de la cultura comercial, constitucional y religiosa de la República Holandesa. Trajo consigo una profunda apreciación por los mercados, el comercio y el capitalismo. Mientras Acemoglu trata la Revolución Gloriosa como un punto de inflexión político, en realidad fue la importación de normas institucionales y culturales holandesas lo que importó. De hecho, el propio Guillermo de Orange pensaba que la empresa, el comercio, el crédito, la

⁴¹ Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, 1776.

⁴² *Ibid.*

⁴³ *Ibid.*, el énfasis al final es mío.

alfabetización y la urbanización eran responsables del éxito económico de la República Holandesa. En ese sentido, fueron los valores burgueses holandeses —no la supuesta inclusión política inglesa— los que impulsaron el cambio económico. En otras palabras, Acemoglu y Robinson tuvieron que reescribir la historia, en muchos sentidos, y hacer *cherry-picking* de hechos y contexto histórico para llegar a su conclusión errónea. Al final, parece que el mapa era más importante que el territorio.

En resumen, el cambio cultural de abajo hacia arriba en el Noroeste de Europa produjo instituciones políticas capitalistas, una república federal con altos niveles de descentralización política, que permitieron instituciones económicas capitalistas, en sentido hayekiano, como la división del trabajo, los mercados y los contratos financieros. Esto permitió una acumulación de capital creciente que hizo posible el Gran Enriquecimiento. Además, no comenzó con la Revolución Gloriosa: la continuó, y comenzó antes y fuera de Gran Bretaña.

Nada impide, sin embargo, la imitación de arriba hacia abajo de una cultura capitalista que surgió de abajo hacia arriba. Nada impide que otros gobernantes copien, imiten e impongan «reglas del juego» similares para lograr resultados económicos. La cultura es de doble vía: la evolución cultural es el origen de instituciones hayekianas de carácter ascendente, que permiten la rápida acumulación de capital, pero las instituciones impuestas —la simple imitación superficial del capitalismo de libre mercado— también pueden lograr crecimiento económico.

Tomemos el ejemplo de Singapur, un país mencionado apenas doce veces en *Por qué fracasan los países*, pero que es de los más prósperos del mundo. Primero entendamos que, en palabras de Acemoglu y Robinson, Singapur no es un ejemplo de «colonia de asentamiento». Los británicos nunca tuvieron intención de poblarlo; lo administraron para el imperio y el comercio, no como hogar, aunque fuera (y siga siendo) escaso en recursos. Además, Singapur era paupérrimo después de la Segunda Guerra Mundial. Y, para colmo, cuando Lee Kuan Yew llegó al poder, expulsó en gran medida todo vestigio británico, y difícilmente se puede sostener que el milagro económico de Singapur sea resultado de instituciones británicas heredadas. Muchos elementos británicos, como el sistema de salud pública, fueron reformados por Lee Kuan Yew. Por lo tanto, cuando Acemoglu y Robinson clasifican a Singapur como parte de la historia de «buenas instituciones de colonos», es un desatino.

Era pobre en 1960, poscolonial, y se levantó gracias al liderazgo interno —en especial de Lee Kuan Yew— y no a instituciones heredadas.

En otras palabras, Singapur pudo haber copiado y trasplantado instituciones, reglas y organizaciones capitalistas a su economía precisamente *porque ya habían surgido en Occidente*. Esta imposición desde arriba hacia abajo, en muchos aspectos, modificó la composición cultural de Singapur mediante una mano autoritaria y férrea (Singapur es lo opuesto a la inclusión política). Singapur es beneficiario de la cultura occidental y de las instituciones económicas (reglas del juego) que surgieron como resultado, y no dudó en implementar muchas de ellas. Pasó de un PIB per cápita de 3,500 dólares al año y una población de 1.5 millones en 1960 a uno de 85,000 dólares con una población de 6 millones en 2023. Singapur es la antítesis de *Por qué fracasan los países*. No solo ha sido un sistema autoritario de partido único: se rige con mano dura, con prensa y libertad de expresión altamente restringidas, difícilmente un ejemplo reluciente de «instituciones inclusivas».

El simple hecho de que Singapur apenas aparezca en el libro se debe a que rompe su modelo central de desarrollo⁴⁴. Puedes tener una cultura capitalista de abajo hacia arriba y, como resultado, instituciones económicas capitalistas, o, en ausencia de esa cultura, puedes imponer desde arriba instituciones económicas capitalistas, como muestran Singapur, Hong Kong, China o Dubái. Si se imponen las reglas del juego capitalistas durante el tiempo suficiente, la cultura eventualmente cambia. No obstante, Chile podría ser un contraejemplo de cómo imponer a la fuerza el capitalismo y regresar a una democracia y al sufragio universal puede salir mal. Si la cultura subyacente no era «capitalista», tan pronto como se abandona el autoritarismo, se vuelve a reglas de juego no capitalistas o incluso anticapitalistas. El éxito económico de Chile bajo autoritarismo se debió a reformas liberales impuestas por la élite, no a un cambio cultural. Una vez que regresó la democracia, la política derivó gradualmente hacia el estatismo, no porque las instituciones fallaran, sino porque la cultura nunca abrazó del todo el capitalismo. En el caso de Chile, los casi 17 años de autoritarismo capitalista no

⁴⁴ Las únicas veces que se menciona o discute Singapur es para refutar —y con razón— teorías equivocadas sobre el desarrollo económico (específicamente en el capítulo 2 de *Why Nations Fail, Theories That Don't Work*). Por ejemplo, la teoría del clima frío (Singapur es lo contrario), la ausencia de colonización (Singapur fue colonia y, a pesar de ello, hoy se encuentra entre los países más ricos del mundo) y la religión (Singapur, por el contrario, es religiosamente plural y está fuertemente influenciado por valores confucianos). Estas teorías resultaron ser malas explicaciones del crecimiento económico.

bastaron para modificar una cultura. Al contrario, en el caso de Singapur, los más de 65 años de autoritarismo capitalista quizás sí sean suficientes para modificarla. Como contraejemplo, en la China comunista de Mao, 27 años no eran suficientes para cambiar una cultura, pero en Corea del Norte, con la dinastía socialista más longeva del mundo, con 76 años, sí pudo haberlo sido.

Por último, la destrucción desde arriba hacia abajo es posible tanto *con* como *sin* cultura capitalista y comercial. En el primer caso, los intentos de destruir una civilización capitalista pueden evitarse si la cultura triunfa sobre el poder, pero no necesariamente. Además, en países con claras tendencias culturales anticapitalistas, la destrucción desde arriba puede repetirse casi indefinidamente.

Instituciones occidentales aparentes en países africanos, como una Corte Suprema, un «estado de derecho» o límites constitucionales, difícilmente pueden evitar la destrucción si la gente, en el fondo, tiene una cultura en desacuerdo con estas instituciones. Con una cultura fuertemente anticapitalista dominante, la inclusión política no salvará a un país de la miseria.

La cultura no consiste en estereotipos nacionales, como insinúan Acemoglu y Robinson. Más bien, la cultura es un orden espontáneo hayekiano, o institución social desde abajo hacia arriba, que, en última instancia, determina el éxito de las instituciones formales, es decir, las reglas políticas y económicas del juego. Es imposible abstraer instituciones (reglas del juego) de las propias personas que las encarnan, así como de su cultura, es decir, su retórica y normas morales y, en última instancia, su disposición a cumplirlas o actuar de acuerdo con ellas. Iría incluso más lejos al afirmar que el marco neoinstitucionalista es incapaz de explicar por qué mucha gente devuelve un carrito de compras: la regla del juego (devolver el carrito de tu carro a la entrada de la tienda) es completamente irrelevante, imposible de hacer cumplir y económicamente desincentivada (costo sin beneficio). No obstante, muchos la cumplen. El deber moral no es un concepto que Acemoglu y Robinson discutan en el contexto de la cultura. Y las normas sociales son algo que va más allá de las organizaciones formales y «reglas de juego» que ambos autores enfatizan.

1.5 Sobre la religión

Acemoglu y Robinson se refieren específicamente a la tesis de Max Weber sobre la ética protestante en su libro *Por qué fracasan los países*. Weber observó que algunos países lograron desarrollarse

económicamente y que esto coincidía con la expansión del calvinismo en partes de los Países Bajos, Inglaterra, Alemania y posteriormente Francia. El calvinismo encarnaba el «espíritu del capitalismo» que dio lugar a un aumento material del bienestar general, es decir, a la prosperidad. Además, Weber menciona algunas observaciones interesantes, como la mayor participación de protestantes frente a católicos en el comercio y la ingeniería. Incluso sugirió una divergencia psicológica entre ambos, describiendo a los católicos como más aferrados a sus profesiones y menos propensos a tomar iniciativa. Todos estos factores culturales son simplemente descartados por Acemoglu y Robinson, quienes escriben:

¿Y la ética protestante de Max Weber? Aunque pueda ser verdad que los países predominantemente protestantes, como los Países Bajos e Inglaterra, fueron los primeros con éxitos económicos de la era moderna, hay poca relación entre la religión y el éxito económico.⁴⁵

Luego argumentan que Francia, predominantemente católica, alcanzó rápidamente a los Países Bajos e Inglaterra. Por lo tanto, según Acemoglu y Robinson, la hipótesis de Weber debe estar equivocada, ya que el catolicismo francés no impidió el desarrollo económico. Sin embargo, esto parece una caracterización simplista del trabajo de Weber y de la historia francesa, en parte porque Weber aborda extensamente Francia en su libro *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* y, en parte, por la existencia de los hugonotes. De hecho, parecen ignorar a los hugonotes, quienes fueron capitalistas especialmente exitosos, pero que además eran protestantes influenciados por Juan Calvino y que posteriormente fueron expulsados de Francia (muchos se mudaron a los Países Bajos, Suiza o incluso Sudáfrica, donde tuvieron un alto grado de «éxito empresarial»). De hecho, en los Países Bajos, el dicho «honesto como un hugonote» era lo suficientemente común como para demostrar la superposición cultural (¿o religiosa?) entre ambos países. Expulsar a los hugonotes en el siglo XVII llevó a un «siglo perdido» de desarrollo económico para Francia, por lo que sostener que Francia pudo desarrollarse económicamente «a pesar del dominio católico» parece una exageración de unos dos siglos. De hecho, escriben que Francia «imitó rápidamente el desempeño económico de los holandeses y los ingleses», pero «rápidamente» se refiere al siglo XIX, casi 200 años después del

⁴⁵ Daron Acemoglu y James A. Robinson, *Por qué fracasan los países*. Barcelona: Deusto, 2012.

período sobre el que escribe Weber. Equiparar «rápidamente» con dos siglos es, como mínimo, poco riguroso.

Weber podría haber dado con algo, ya que *las ideas y la cultura* (órdenes espontáneos) y, posteriormente, como consecuencia, las organizaciones políticas (órdenes creados), no las «instituciones» políticas en abstracto, cambiaron claramente en partes del noroeste de Europa en los siglos XVI y XVII, dando lugar al nacimiento del capitalismo y su «espíritu». Pasar por alto la cultura y la religión, y además equipararlas (cuando no son necesariamente lo mismo), es una simplificación burda. La verdadera pregunta no es si el cambio religioso acompañó o incluso causó el capitalismo y el desarrollo económico, sino si la cultura determina la religión, o si la religión (es decir, la teología de arriba hacia abajo) determina la cultura. Da la impresión de que Weber cometió un error al equiparar la religión con diferencias teológicas que posteriormente causaron culturas divergentes, en lugar de verla como un marcador social de imitación interna y diferenciación externa.

Toda la discusión, más adelante, se reduce a un único argumento simplista por parte de Acemoglu y Robinson: si la cultura determina el desarrollo, y si la cultura es «nacionalista», ¿por qué Japón, Singapur, Corea del Sur y ahora China lograron desarrollarse? Después de todo, deben ser culturalmente casi opuestos a la cultura occidental o europea. Además, afirman Acemoglu y Robinson, ¡Argentina y Uruguay están llenos de descendientes occidentales o europeos, y son pobres! Tanto para la «cultura». Nuevamente, los argumentos parecen haber sido improvisados mientras escribían el libro, ya que detenerse a reflexionar sobre estas afirmaciones, como haremos ahora, parece más que justificado.

La pregunta que Weber respondía era: ¿por qué y cómo surgió el capitalismo? Su respuesta fue: el pensamiento religioso influyó en la cultura, el lenguaje, las costumbres y los hábitos (el «espíritu del capitalismo»). Mi respuesta es: la cultura, el lenguaje, las costumbres y los hábitos también llevaron a cambios religiosos. Esto, a su vez, cambió a las personas y las posteriores organizaciones políticas que adoptaron y encarnaron. Esta pregunta es muy diferente de la de si, hoy, cuatrocientos años después, se pueden imponer o adoptar organizaciones capitalistas por la fuerza, o si el capitalismo impuesto de arriba hacia abajo puede cambiar el comportamiento y una cultura. Son dos cuestiones muy distintas. Singapur pudo imitar arreglos y organizaciones capitalistas inspirados en Occidente

porque ya existían. Pero si no fuera por la cultura occidental de abajo hacia arriba, nunca habría existido capitalismo que imitar.

Primero, pueden adoptar las «apariencias» y el «lenguaje superficial» del capitalismo occidental histórico sin adoptarlos realmente. Segundo, pueden tener éxito, pero su continuidad depende de mantener una mano firme sobre los asuntos económicos, de un cambio en la cultura subyacente o incluso de explotar, como pudo haber ocurrido en Chile (una organización capitalista de estilo occidental impuesta que tuvo éxito durante unas décadas, antes de venirse abajo por chilenos que no cambiaron culturalmente con el tiempo). Si la cultura chilena no ha cambiado mucho, podría incluso volver a la usual mediocridad latinoamericana. Imponer una organización capitalista sobre una cultura no capitalista puede ser el camino a seguir, pero nunca negará el origen del capitalismo, que fue la pregunta que se planteó Weber.

Esto se conecta con la crítica de Acemoglu y Robinson sobre la «pobreza de Medio Oriente». Sin entrar en detalles, es interesante notar que países como los Emiratos Árabes Unidos, concretamente Dubái, que con poca riqueza petrolera (más allá de algo inicial) se convirtió en una potencia económica. Es precisamente una imitación de la organización capitalista de estilo occidental en un desierto de Medio Oriente, impuesta por la fuerza desde arriba hacia abajo por un gobierno autocrático. Dubái incluso adoptó un sistema legal específico (aunque no el único) que surgió en Occidente, el *common law* británico, para atraer inversión capitalista.

Lo que, nuevamente, parece faltar en el análisis de Acemoglu y Robinson es que la cultura, orden espontáneo hayekiano, permitió el surgimiento del capitalismo y de organizaciones capitalistas (órdenes no espontáneos). Más tarde, en los siglos XX y XXI, fuimos testigos de historias de desarrollo económico basadas en la imitación de organizaciones capitalistas extranjeras, ya fuera por regímenes autocráticos, con grados de éxito variables. También debemos señalar que los países ricos pueden retroceder culturalmente, manteniendo la apariencia externa de organización capitalista, lo que pone en riesgo su éxito o sostenibilidad económica.

Aunque Acemoglu y Robinson aciertan al cuestionar la religión desde arriba hacia abajo, es decir, vía teología, como motor del capitalismo, podemos afirmar sin rodeos que Weber tenía razón en algo: el

protestantismo coincidió con el Gran Enriquecimiento. Pero fueron sobre todo diferencias culturales, más que teológicas, a veces acompañadas de marcadores religiosos, las que resultaron importantes. Además, tales diferencias culturales no emanaron de una nueva teología desde arriba hacia abajo, sino de divisiones e imitaciones culturales de abajo hacia arriba. En suma, Weber vio el germen: sin un cambio cultural desde abajo hacia arriba —ese orden espontáneo que Hayek defendió— no habría surgido el «espíritu del capitalismo» ni las instituciones derivadas. Lo que vino mucho después, imitaciones forzadas o imposiciones desde arriba no anula ese origen: solo confirma que, sin cultura, cualquier mapa institucional acaba siendo solo papel mojado.

1.6 Sobre corrupción

En varios capítulos, Acemoglu y Robinson sugieren que la «corrupción» implica una falta de «derechos políticos» o revela una ausencia de control popular sobre el gobierno (es decir, cuando el gobierno actúa como «principal» en lugar de «agente»). Dado que las reglas políticas del juego son dictadas por élites políticas corruptas, los resultados económicos serán insatisfactorios. El Estado será «extractivo». Sin embargo, esta narrativa —sumamente popular en organismos supranacionales (por ejemplo, la ONU) y en círculos de ONG— se construye sobre una base extremadamente débil.

Resulta bastante absurdo que Acemoglu y Robinson citen ejemplos como Egipto, donde, en sus propias palabras, los egipcios se quejan de un «gobierno corrupto» mientras exigen «un aumento del salario mínimo» (exigencia que no fue satisfecha por la —nótese mi sarcasmo— «élite corrupta»). Muchos economistas conocen bien los efectos negativos de un salario mínimo y del *verdadero problema económico* de fondo: la baja productividad. Un salario mínimo no eleva mágicamente la productividad. Aunque el salario mínimo es solo un ejemplo entre muchos otros⁴⁶, resulta difícil ver cómo una población que exige políticas económicas populistas y contraproducentes generará prosperidad si las mismas políticas que demanda son dañinas para el crecimiento.

Intentaré profundizar un poco más. En el caso de Egipto, Acemoglu y Robinson escriben:

⁴⁶ En Guatemala, por ejemplo, es un hecho notorio que una abrumadora mayoría de los votantes quiere nacionalizar, en su totalidad, la electricidad. El hecho de que la producción eléctrica no se haya nacionalizado aún no es un fracaso del gobierno, sino un mérito. Si la población pudiera controlar la formulación de políticas de forma más directa, el desarrollo económico se vería afectado negativamente en lugar de impulsarse con este tipo de políticas.

Lo que los ha frenado incluye un Estado ineficaz y corrupto y una sociedad donde no pueden utilizar su talento, ambición, ingenio y la educación que logran obtener. Pero también reconocen que la raíz de estos problemas es política. Todos los obstáculos económicos que enfrentan provienen de la forma en que se ejerce y monopoliza el poder político en Egipto por una élite [extractiva] reducida.⁴⁷

Esta lógica implica que reformar las instituciones políticas (es decir, las reglas políticas del juego) cambiará las relaciones de poder (desplazando a élites económicas hacia una participación popular más amplia), erradicará la corrupción política y conducirá al crecimiento económico. Este tipo de pensamiento ilusorio contradice la evidencia histórica sobre la corrupción. Gran parte de Occidente es un claro ejemplo de control político elitista que generó desarrollo económico, a pesar de la corrupción. Dividir el mundo en dos categorías —típicamente «países occidentales no corruptos» y países pobres «corruptos»— nos da la ilusión de que los países «no corruptos» de hoy siempre han evitado la corrupción. En realidad, (i) estos mismos países fueron sumamente corruptos durante su desarrollo y (ii) la corrupción aún ocurre en ellos, aunque de forma menos descarada y más sutil. En efecto, a esta altura vale la pena citar a McCloskey (2015) sobre el «Gran Enriquecimiento», el asombroso aumento de riqueza desde 1800 hasta hoy en lugares como los Países Bajos, Inglaterra y, posteriormente, Estados Unidos:

Más allá de la injusticia y la ineficiencia, ¿es la corrupción mala para el crecimiento económico? [...]. El «Gran Enriquecimiento» le sucedió a Gran Bretaña bajo la «antigua corrupción», a los EE. UU. bajo el sistema de botín, a Hong Kong bajo todo tipo de negocios de propiedad turbios. [...] Lo que más importa es si [la corrupción] frena el Gran Enriquecimiento. En Chicago en 1890, no lo frenó.⁴⁸

En efecto, si profundizamos un poco más, veremos que muchos casos recientes de desarrollo económico involucran claramente corrupción. Cabe destacar que soy muy crítico del «Índice de Percepción de Corrupción» (publicado por Transparency International) como medida (altamente defectuosa) de la corrupción; sin embargo, es relevante que este índice y su promotor, Transparency International, surgieron de iniciativas de la ONU que priorizaron una «lucha frontal contra la corrupción» financiada con ayuda extranjera.

⁴⁷ Daron Acemoglu y James A. Robinson, *Por qué fracasan los países*. Barcelona: Deusto, 2012.

⁴⁸ Deirdre N. McCloskey, *State of Thieves*, Wall Street Journal, 2015.

Así, la idea era «señalar» regímenes corruptos y promover cambios de régimen. No obstante, desde su primera publicación en 1995, muchos países antes «condenados» como corruptos se han desarrollado, mientras que otros supuestamente menos corruptos no han logrado crecer. En el siguiente cuadro presento algunos de estos ejemplos. Se muestra la calificación del país (de 1 a 100) en corrupción, según la propia Transparency International.

Tabla 1: La corrupción no impidió el desarrollo económico de los recientes «milagros económicos»

País	Periodo	Crecimiento en ingreso per cápita (PPP*)	Factor de crecimiento	¿Corrupto? †	¿Élite pequeña?
Emiratos Árabes Unidos	1980 - 2016	\$10,800 > \$67,500**	>6 x	Sí, 52/100 (2003)	Sí
Corea del Sur	1950 - 2000	\$11,200 > \$48,200	>4 x	Sí, 43/100 (1995)	Sí ***
China	1980 - 2020	\$1,340 > \$17,600	>13 x	Sí, 22/100 (1995)	Sí
Taiwán	1960 - 2000	\$1,500 > \$14,840	>9 x	Sí, 51/100 (1995)	Sí ****
Singapur	1960 - 2000	\$4,270 > \$54,000	>12 x	No, 93/100 (1995)	Sí

* PIB per cápita real según paridad de poder de compra (purchasing power parity)

** PIB per cápita real excluyendo al PIB derivado del petróleo

*** Los famosos chaebols (aglomeraciones empresariales controladas por élites como Samsung) recibían favor tras favor a través del poder del Estado

**** La verdadera democratización de Taiwán (y participación popular) comienza en las elecciones de 1996 (aproximadamente la mitad de la población total emite un voto en el 1996)

† Según el «Índice de percepción de corrupción» de Transparency International

En suma, la corrupción gubernamental no bloquea el crecimiento económico por sí sola: la evidencia muestra que sociedades capaces de producir riqueza han aprendido a convivir con ella o a limitar sus

peores efectos. El verdadero reto no es soñar con erradicar la corrupción como condición para prosperar, sino, pese a la corrupción, tener reglas económicas que conduzcan al crecimiento.

1.7 Sobre escala, descentralización y competencia política

Resulta curioso que, con pleno conocimiento de que el capitalismo surgió en los Países Bajos y luego en el Reino Unido —con mención honorable a las ciudades-estado italianas que surgieron previamente—, Acemoglu y Robinson condenen el movimiento hacia la descentralización política en Europa continental.

Según ellos, la caída de Roma «creó el paisaje político descentralizado que se convirtió en el orden feudal»⁴⁹. «La sociedad feudal estaba descentralizada porque los estados centrales fuertes se atrofiaron»⁵⁰. Pero en lugar de señalar que esta fase de atrofia de estados centrales fuertes y, en consecuencia, de descentralización política, hizo posible el nacimiento del capitalismo, Acemoglu y Robinson la condenan: «las instituciones feudales [...] eran obviamente extractivas»⁵¹. ¿Obviamente?⁵²

En los Países Bajos, las unidades políticas pequeñas y descentralizadas —al igual que en la Italia posromana— elevaron el concepto de «votar con los pies» (cambiar de jurisdicción siendo un «activo fiscal» potencial). Las instituciones feudales no dependían, como argumentan Acemoglu y Robinson, de mano de obra servil y coaccionada, sino más bien de un gobierno aristocrático o burgués, severamente restringido por la capacidad de la gente de migrar.

Un ejemplo claro es la apertura comercial de ciudades-estado como Venecia, que no solo se convirtió en un importante centro comercial, sino también en un crisol cultural que permitió la introducción del sistema numérico hindú en los remanentes del Imperio Romano. Las instituciones feudales europeas no dependían de mano de obra sierva, sino de una clase mercantil emergente, de fronteras abiertas, de relativa libertad y de instituciones capitalistas tempranas (en el sentido hayekiano, no en el sentido neoinstitucionalista).

⁴⁹ Daron Acemoglu y James A. Robinson, *Por qué fracasan los países*. Barcelona: Deusto, 2012.

⁵⁰ *Ibid.*

⁵¹ *Ibid.*

⁵² En mi juicio, esto demuestra que McCloskey tiene la razón; los neoinstitucionalistas no solo son estadistas, son *muy estadistas*.

Aunque Acemoglu y Robinson realmente no discuten la escala de las unidades políticas ni el relativo éxito del federalismo holandés, suizo y estadounidense, sí abordan el caso específico de Venecia.

Escriben:

Una de las bases clave para la expansión económica de Venecia [de 1050 a 1330] fue una serie de innovaciones contractuales que hicieron que las instituciones económicas fueran mucho más inclusivas. La más famosa fue la *commenda*, un tipo rudimentario de sociedad por acciones.⁵³

Tales innovaciones son clave para la creación de riqueza, ¡sí!, como muchas que surgieron más tarde en otros lugares, de Ámsterdam a Londres. Si uno quiere llamar «inclusividad económica» al surgimiento de mercados bursátiles, acciones fraccionarias, sociedades anónimas de responsabilidad limitada, banca moderna, etcétera, entonces no se está respetando el marco teórico inicial. Por ejemplo, en la China moderna todos tienen acceso a la electricidad, mientras que una cuarta parte de la población no la tenía en los años noventa. En la década de 2000, apenas la mitad de los chinos tenía una cuenta bancaria; hoy, más del 90 % tiene acceso a la banca formal y a nuevas tecnologías de pago como Alipay y WeChat. Estos son claros ejemplos de «inclusividad económica». Sin embargo, ese nunca fue el argumento original neoinstitucionalista. El argumento es que la inclusividad política es un requisito para la inclusividad económica. En la China moderna y en la Venecia medieval, las instituciones políticas inclusivas no eran una realidad, pero eso no impidió la inclusividad económica. Los mercados abiertos, el acceso a bienes y servicios, etcétera, no son el resultado de demandas populares de pueblos empoderados ni de arreglos políticos inclusivos, sino más bien consecuencia de una cultura capitalista, promovida y defendida, la mayoría de las veces, por élites.

1.8 Sobre la historia del desarrollo económico

Vayamos ahora a la esencia y desafíemos a Acemoglu y Robinson en su propio terreno: el desarrollo económico. La tesis central de los neoinstitucionalistas es que las élites políticas extractivas pueden escribir las reglas políticas del juego («instituciones políticas»), que, a su vez, producen reglas económicas contraproducentes («instituciones económicas»). En sus propias palabras:

⁵³ *Ibid.*

Los grupos poderosos suelen oponerse al progreso económico y a los motores de la prosperidad. El crecimiento económico no es solo un proceso de más y mejores máquinas, y de más y mejor gente educada, sino también un proceso transformador y desestabilizador asociado con una amplia destrucción creativa. Por lo tanto, el crecimiento solo avanza si no es bloqueado por los perdedores económicos, que anticipan perder sus privilegios, y por los perdedores políticos, que temen ver erosionado su poder político.⁵⁴

Este mecanismo descrito ciertamente no es inexistente. Basta pensar en un contrafactual: uno en el que grupos poderosos —como los gremios— hubieron impedido la Revolución Industrial. No habría ocurrido ninguna «destrucción creativa»; el crecimiento, el Gran Enriquecimiento, jamás habría existido. Además, tendríamos un suministro casi ilimitado de ejemplos de cómo grupos de interés coludieron para frenar el cambio económico mediante el cabildeo estatal.

Pero esto no fue un contrafactual. Ocurrió, incluso durante la Revolución Industrial. A pesar de ello, el crecimiento económico siguió adelante. ¿Por qué? Porque con suficiente ahorro e inversión se pone en marcha una fuerza casi imparable: la rentabilidad latente causada por innovaciones tecnológicas, financiadas y respaldadas por ahorro e inversión, basta para ir desmoronando, poco a poco, a las viejas élites económicas. ¿Podían los terratenientes austríacos organizarse políticamente para retener sus privilegios? ¿Los productores de azúcar en Estados Unidos o Guatemala para conservar los suyos? ¿Las telefónicas para defender sus monopolios? ¿Las cervecerías para mantener fuera a la cerveza extranjera? Quizás sí. Pero eso es precisamente lo que ocurrió. Y nunca fue rival, a mediano plazo, para el capitalismo. Nunca logró frenar por completo la destrucción creativa. Es cierto que una industria o empresa podría esquivarla temporalmente, pero entonces el ahorro y la inversión se redirigen a industrias alternativas y, con el tiempo, regresan por la incumbente privilegiada.

Por ejemplo, los gremios intentaron protegerse de la nueva tecnología textil. De hecho, los *Calico Acts* de 1700 y 1721, en Gran Bretaña, buscaban proteger la industria local de lana y seda, prohibiendo textiles de algodón importados, pero fracasaron en impedir el desarrollo porque, sin querer, estimularon la innovación doméstica. Los fabricantes británicos empezaron a producir telas mixtas de

⁵⁴ *Ibid.*

algodón y, luego, productos de algodón puro. Los *Calico Acts* pretendían frenar la destrucción creativa, pero la ola de ahorro, inversión y el espíritu empresarial fue una fuerza incontenible. Los empresarios, al innovar y reducir mano de obra, a veces temían la represión violenta de sus propios trabajadores. ¿Por qué insistieron? Porque, a pesar de todo, era lo rentable. Las élites económicas pueden intentar influir en la política, mediante las élites políticas, pero la rentabilidad es un juego de *whack-a-mole*: se puede reducir en una industria de forma artificial, pero el capital se moverá a otras.

Uno de sus primeros ejemplos empíricos es la brecha de ingresos entre Nogales, Arizona (Estados Unidos) y Nogales, México. Según Acemoglu y Robinson, ambas ciudades comparten la misma cultura, costumbres y (casi) la misma geografía. Por tanto, concluyen que la única diferencia son «las instituciones».

Sin embargo, el argumento de Nogales es casi demencial. Nogales (Arizona) es un pequeño pueblo, de apenas 20,000 habitantes en 2010, con los mayores niveles de pobreza, mayor afiliación a cupones de alimentos (*food stamps*) y menor ingreso personal del estado —si no del país—, pero también con los mayores niveles de subsidios gubernamentales. En contraste, Nogales (México) es una ciudad de tamaño considerable, diez veces más grande, con más de 200,000 habitantes. Nogales, Arizona, incluso sufrió emigración en los años posteriores a la publicación del libro de Acemoglu y Robinson.

En este pequeño pueblo, junto al cruce fronterizo por tierra más importante de Arizona —si no del país— tanto el gobierno federal como el estado de Arizona envían enormes sumas de dinero. Además, la Oficina de Aduanas y Protección Fronteriza de Estados Unidos invirtió cientos de millones de dólares en instalaciones fronterizas y mantenimiento. También, debido a los tiempos de espera, ha habido gran demanda de almacenamiento y bodegas. Todo esto suma mucho dinero invertido entre apenas 20,000 residentes, que, a pesar de todo, mantienen un índice de pobreza cercano al 25 %. Pero todo este dinero que llega a este pequeño pueblo fronterizo no es por las «instituciones superiores de Nogales, Arizona». Es por las instituciones superiores de Estados Unidos. Esas instituciones no dependen de las instituciones de Nogales, ni de su cultura. El ingreso superior de Nogales, Estados Unidos, se debe a riqueza generada en otras partes del país. Y, claramente, Nogales tiene (culturalmente) muy poco que ver con Nueva York, Delaware, California, Texas o Connecticut, lo que daría mayor legitimidad a la teoría de McCloskey sobre cultura y desarrollo. En resumen, no cabe

duda de que, si el gobierno de Estados Unidos inundara Nogales, México —si fuese diez veces más pequeño—, con dinero público, también estaría mucho mejor de lo que está. Este supuesto «experimento natural» de instituciones es, en realidad, cualquier cosa menos un caso serio.

Mientras que la economía es compleja, la historia económica no debería hacerse más complicada de lo necesario. Los países se desarrollan, como argumentaba Ludwig von Mises, siempre que la cuota de capital invertido por trabajador aumenta y alcanza cierto nivel. Para capitalizar una economía, se necesita ahorro y canalizar ese ahorro hacia inversión productiva. Las «reglas del juego» capitalistas (propiedad privada, libertad económica, Estado limitado) han sido especialmente exitosas para activar este motor del desarrollo. El trasfondo cultural en Europa, específicamente en los Países Bajos, el Reino Unido y posteriormente Estados Unidos hizo posibles esas «instituciones» capitalistas. No habrían surgido sin ese trasfondo cultural que evolucionó allí. Otros países, especialmente mediante mano dura y regímenes autoritarios, han copiado la capa superficial del capitalismo (sin cultura) y han replicado las reglas del juego capitalistas imponiéndolas a poblaciones que no necesariamente eran culturalmente compatibles. A veces, sus resultados económicos han sido positivos; casos como Hong Kong, Singapur, Chile, Dubái (incluso copiando el *common law*), Taiwán, China y Corea del Sur vienen a la mente. En algunos casos, esa mano dura incluso ha provocado cambios culturales inducidos de arriba hacia abajo. Por ejemplo, la limpieza no era históricamente un rasgo cultural de Singapur, pero llegó a serlo tras décadas de imposición gubernamental. Además, casos como Chile podrían demostrar que tan pronto como un régimen autoritario se sustituye por uno democrático, y la población ejerce mayor control sobre la política, si la cultura nunca cambió realmente hacia una favorable al capitalismo, puede producirse una regresión. Primero, en la política pública (las reglas económicas del juego) y, luego, en el crecimiento: empobrecimiento por demanda popular.

Así, una abrumadora mayoría de casos de verdadero desarrollo económico nunca involucraron instituciones políticas «inclusivas», pero sí involucraron ciertas reglas económicas del juego.

2. El desarrollo y sus causas

2.1 El papel de la cultura (y el lenguaje)

Seguiré la línea de Hayek, contraria a Acemoglu y Robinson, respecto a las instituciones. Primero, diferenciamos entre orden espontáneo y orden creado; este último se refiere a las «reglas políticas del juego» y organizaciones políticas de Acemoglu y Robinson. El argumento de Hayek se resume en la idea de que la cultura es un orden espontáneo, que incluye el lenguaje, la moral, las normas, las costumbres y los artes de una nación. Estas forman la base de las reglas políticas del juego y de las organizaciones políticas. Regulan el comportamiento humano de múltiples formas y determinan el éxito (o fracaso) de dichas organizaciones políticas. Algunas culturas son superiores para generar crecimiento económico; otras no logran producirlo. Las organizaciones políticas que se crean son, en su mayoría, resultado de estos factores culturales.

De hecho, sostengo que el lenguaje es el principal entre todos ellos. El lenguaje es un requisito previo para cualquier otra cosa que podamos llamar cultura. Es, de hecho, necesario para pensar, para comunicarse, para difundir ideas, para mantener tradiciones, historias, canciones y héroes; además, el lenguaje condiciona todos los demás elementos culturales. Una cultura sin lenguaje escrito, desestructurada o con un vocabulario limitado era, necesariamente, una cultura limitada.

2.2 El papel de las élites

Para entender el papel de las élites, es clave considerar su existencia en países donde despegó el desarrollo económico. Como comenta Kroeze sobre el caso neerlandés:

Hasta finales del siglo XIX, el servicio civil holandés era dominio de la alta burguesía, parientes de las mismas familias que habían administrado la República, que consideraban *déclassé* [rebajado] los salarios y las reglas estandarizados. [...] Su secreto no residía en el tamaño e influencia de una gran burocracia central, sino en un Estado relativamente pequeño y una élite gobernante oligárquica.⁵⁵

Además:

⁵⁵ Ronald Kroeze, *Corruption and Anticorruption in the Netherlands*, en *Anticorruption in History*, 2018, pp. 220-221.

El caso holandés presenta una paradoja porque se caracterizó por una democratización lenta y el dominio continuo de grupos de élite, clientelismo y una burocratización relativamente tardía [...]. La República de los Países Bajos carecía de un Estado fuerte, mientras defendía ideales republicanos basados en legitimidad local frente al absolutismo y la centralización estatal. [...] La administración estaba dominada por redes de patronazgo difusas, aunque relacionadas, que se extendían a través de un mosaico de jurisdicciones con sus propios estatutos 'antiguos' basados en un *common law* local.⁵⁶

En los Países Bajos del siglo XVII, patricios como Johan de Witt eran élites urbanas y educadas —no aristócratas, sino familias mercantes poderosas que dominaban los gobiernos locales y la política provincial, especialmente en Holanda, con una tendencia aristocrática. Estaban profundamente vinculados al comercio, las finanzas y los valores republicanos, y ayudaron a forjar instituciones que protegían la propiedad, la libertad de comercio y limitaban el poder monárquico. Tenían la filosofía griega y romana en la más alta estima, dominaban y comprendían el latín, a diferencia de las masas neerlandesas. Su control sobre la política —a través de los consejos locales y los Estados Generales— contribuyó a crear un orden favorable a la burguesía que impulsó la Edad de Oro neerlandesa. La élite patricia fue la impulsora de la cultura mercantil de la República. No solo se benefició de ella, sino que la moldeó e institucionalizó. En palabras de McCloskey, la «dignidad» de la burguesía fue construida y defendida por esta élite, y no adoptada espontáneamente por las masas. Esto no es muy distinto de otras clases élite en el mundo, de Gran Bretaña a Estados Unidos (por ejemplo, Nueva York). Tampoco difiere demasiado de casos recientes de desarrollo económico, que parecen ser más bien resultado de élites políticas «ilustradas» que de demanda popular.

2.3 El papel de la religión

Como discutí antes, la religión ha sido importante, pero no como causa de la cultura, sino como vehículo y agrupador de similitudes y separador de diferencias culturales. La gente imitaba a sus vecinos, no por profundas enseñanzas teológicas, sino porque se sentían culturalmente más cercanos a un grupo que a otro. En resumen: era como si uno fuera frugal y por eso protestante, en lugar de ser protestante y por eso frugal. Las comunidades agrupan valores sociales, normas, preferencias,

⁵⁶ *Ibid.*

costumbres; pertenecer a una comunidad —digamos, protestantes o católicos neerlandeses— era más una elección cultural que teológica. E, indudablemente, el éxito (económico) de los protestantes neerlandeses motivó a los católicos neerlandeses a parecerse cada vez más a ellos, hasta el punto de que las diferencias culturales entre católicos y protestantes neerlandeses eran menores que entre católicos neerlandeses y mexicanos.

Además, la religión también parece ralentizar el cambio cultural. Esto puede ser óptimo, o incluso necesario, para la supervivencia de una sociedad. Si la cultura —valores, lenguaje, normas, costumbres, hábitos, preferencias, relatos, héroes, artes— cambia demasiado rápido, puede poner en peligro la supervivencia de una sociedad que hasta ahora ha sido exitosa. Cada cambio cultural puede tener impacto en el crecimiento económico, pero sobre todo, en la supervivencia económica. Cuando la cultura cambia demasiado rápido, el filtro evolutivo se rompe: los nuevos cambios pueden poner en riesgo nuestra supervivencia económica y no lo sabremos hasta que sea demasiado tarde.

Pensemos en la reforma institucional como criar un caballo de carreras campeón: el cambio lento e incremental implica selección cuidadosa a lo largo de generaciones; mejorar rasgos gradualmente, pero mantener fortalezas clave. Pero una reescritura radical y agresiva implica una mutación masiva: la siguiente generación fracasa o se descompone. Como dice Nassim Taleb, la filtración (selección natural) necesita tiempo; si se hace demasiado agresivamente, puedes perder lo que funcionaba y quedarse con lo que no. El riesgo es colapsar el sistema, en este caso, la sociedad. Sí, aprendemos de nuestros errores, pero es esencial sobrevivir primero para poder aprender de ellos. No puedes aprender de los errores si no sobrevives, ni individual ni colectivamente. La supervivencia requiere cambio lento e incremental, y la religión moderna ralentiza ese cambio cultural, lo cual es una cosa buena y no una cosa mala.

2.4 El papel de la escala, la descentralización y la competencia política

Mi tesis es que, en los Países Bajos, por una mayor densidad poblacional y su menor tamaño, hubo más conflicto violento y bélico. Los conflictos entre diferentes feudos eran muy frecuentes (especialmente en la Edad Media). «Las fricciones dentro y entre ciudades [neerlandesas], los estados provinciales y los Estados Generales convirtieron la estructura política de la República de los Países

Bajos en algo como un coro disonante», diría el autor neoinstitucionalista Prak (este «coro disonante» luego sirvió de inspiración para los suizos y su propio coro).

Con la expansión del comercio y las élites empresariales en las diferentes ciudades, los conflictos bélicos internos empezaron a desaparecer. Los neerlandeses votaban con los pies y la política respondía a los incentivos que generaba esta competencia entre distintas unidades políticas. A lo largo del tiempo, los feudos locales, por un proceso de competencia y evolución, tenían que crear suficiente prosperidad y disponer de suficientes personas para superar a sus rivales en términos bélicos (o evitar que los superaran). Esto produjo el proceso evolutivo mediante el cual surgieron las instituciones que favorecen el desarrollo.

Solo posteriormente se produjeron rasgos culturales que algunos autores usan como explicación causal de la superioridad de instituciones en países como los Países Bajos. La cultura proempresa, procomercio y proinnovación que describe McCloskey en sus obras es un síntoma de esta superioridad institucional, producida por causas más o menos accidentales.

La retórica y los «valores burgueses» son, de esta manera, forjados más por el «votar con los pies» que por la participación ciudadana o una democracia. Las instituciones se desarrollan gracias a la competencia política y el movimiento de personas. Los rasgos culturales en los Países Bajos —como la tolerancia, las libertades individuales y la poca jerarquía en general— son resultados de esta configuración política más o menos accidental.

Conclusiones

Gran parte del pensamiento de Acemoglu y Robinson consiste en *wishful thinking*. Desearían que la implicación popular y el control ciudadano sobre la política —es decir, la política inclusiva— produjera prosperidad generalizada; es decir, instituciones económicas inclusivas que generen riqueza. El hecho de que la teoría y los casos históricos contradigan de lleno su visión del mundo no representa un obstáculo para su entusiasmo por la democracia y la reforma política con participación ciudadana.

He discutido la teoría neoinstitucionalista de Acemoglu y Robinson en relación con las instituciones, la cultura, la religión, las élites, la corrupción, la descentralización y el desarrollo económico.

Conceptualizan las instituciones de forma excesivamente simplista, sin entender la distinción de Hayek

entre orden creado y espontáneo, ni considerar que las instituciones sociales —esas «reglas del juego»— no existen aisladas o en abstracto, sino que dependen de las personas que las encarnan, cumplen y dan sentido.

Al definir las instituciones como «reglas del juego» dictadas e impuestas por el Estado, caen en la trampa del «estatismo» y de la planificación central. La solución que proponen Acemoglu and Robinson es simple: alguien —si es necesario, de afuera— debe cambiar primero las «reglas del juego» políticas para modificar después las económicas. De este modo, según ellos, no fue el capitalismo el que nos sacó de la pobreza, sino unas supuestas reglas del juego económicas «inclusivas».

Muchos de los hechos históricos que presentan son seleccionados a conveniencia y ajustados a un marco teórico artificialmente dicotómico (instituciones inclusivas versus extractivas), y la mayoría de sus estudios de caso representan mal la realidad. Identifican instituciones políticas inclusivas con democracia, aunque afirmen lo contrario, y confunden ejemplos al sobrevalorar innovaciones institucionales (como las sociedades mercantiles de responsabilidad limitada), calificándolas como «instituciones económicas inclusivas», sin notar que surgieron precisamente en ausencia de instituciones políticas inclusivas, lo que contradice su propia teoría. Ignoran, además, al país que más refuta su tesis y que es, a su vez, uno de los más exitosos económicamente en el pasado reciente: Singapur.

El desarrollo económico, el Gran Enriquecimiento, fue resultado de cambios culturales en el noroeste de Europa en los siglos XVI y XVII, que a su vez crearon instituciones capitalistas y «reglas económicas inclusivas». La cultura es, en sí misma, un orden espontáneo hayekiano que surge por ensayo y error, no por diseño; el lenguaje, otro orden espontáneo, condiciona muchos otros órdenes. Sin embargo, las «instituciones políticas inclusivas» nunca fueron parte integral de estos cambios. La mayoría del cambio cultural fue inducido por élites. Posteriormente, muchas políticas y organizaciones capitalistas fueron copiadas e imitadas en otras partes del mundo, incluso en la China moderna, de nuevo gobernada por una élite política llamada Partido Comunista. Esto significa que su tesis no solo es parcial, sino contraria a la realidad.

Pese a su *wishful thinking*, abundan los ejemplos contemporáneos de regímenes autoritarios que lograron desarrollar sus países durante décadas, a pesar de las advertencias de Acemoglu y Robinson sobre su «inestabilidad e insostenibilidad». Su marco de instituciones extractivas versus inclusivas es incapaz de explicar casos pasados y presentes de desarrollo económico.

Quien use ese marco neoinstitucionalista para entender el pasado, presente y futuro de los países está condenado a malinterpretar las verdaderas causas de la riqueza. Peor aún: al usarlo, termina minando el propio liberalismo.

Bibliografía consultada

- Acemoglu, Daron, y Robinson, James A. *Economic Origins of Dictatorship and Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.
- Acemoglu, Daron, y Robinson, James A. *Por qué fracasan los países: Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*. Barcelona: Deusto, 2012.
- Caplan, Bryan. *The Myth of the Rational Voter: Why Democracies Choose Bad Policies*. Princeton: Princeton University Press, 2007.
- Cowen, Tyler. *Big Business: A Love Letter to an American Anti-Hero*. New York: St. Martin's Press, 2019.
- Glaeser, Edward L., Rafael La Porta, Florencio López-de-Silanes y Andrei Shleifer. *Do Institutions Cause Growth?* *Journal of Economic Growth* 9, no. 3 (2004): pp. 271–303.
- Holcombe, Randall G. *Following Their Leaders: Political Preferences and Public Policy*. Cambridge: Cambridge University Press, 2023.
- Kroeze, Ronald, André Vitória, y Guy Geltner, eds. *Anticorruption in History: From Antiquity to the Modern Era*. Oxford: Oxford University Press, 2018.
- McCloskey, Deirdre N. *State of Thieves*. *Wall Street Journal*, 2015.
- McCloskey, Deirdre N. *Bourgeois Dignity: Why Economics Can't Explain the Modern World*. Chicago: University of Chicago Press, 2010.
- Mises, von, Ludwig. *Human Action*. 1949.
- Niskanen, William A. *Bureaucracy and Representative Government*. Chicago: Aldine-Atherton, 1971.
- North, Douglass C. *Institutions, Institutional Change and Economic Performance*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- Prak, Maarten, y Jan Luiten van Zanden. *Pioneers of Capitalism: The Netherlands 1000–1800*. Princeton: Princeton University Press, 2023.
- Smith, Adam. *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. 1776.
- Sowell, Thomas. *Knowledge and Decisions*. 1980.
- Weber, Max. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. 1930.

Apéndice I: Contraejemplos a Acemoglu y Robinson en relación con la cultura

Podemos listar y contradecir, con contraejemplos, los postulados clave de Acemoglu y Robinson sobre la cultura y el desarrollo:

- La cultura no tiene nada que ver con el crecimiento económico sostenido, pero las instituciones políticas inclusivas sí.
 - Contraejemplos: Países Bajos, Gran Bretaña, Estados Unidos, así como Australia, Canadá y Nueva Zelanda (todos se desarrollaron o estaban en desarrollo mucho antes de la supuesta inclusión política).
- La antítesis del autoritarismo, la inclusión política de Acemoglu y Robinson, es un requisito para instituciones económicas inclusivas que conduzcan al crecimiento.
 - Contraejemplos (otra vez): China, Singapur, Hong Kong, Dubái, Liechtenstein, así como la Alemania de posguerra (de 1947 a 1955), Chile y España (de 1959 a 1973).
- El autoritarismo no es estable y, aunque se puede lograr crecimiento económico a corto plazo, no se puede alcanzar desarrollo económico a largo plazo.
 - Contraejemplos: China pos-Mao (45 años), Singapur (65 años), Hong Kong (64 años), Dubái (40 años), Liechtenstein (75 años o más).
- Una reversión ocurre cuando los regímenes autoritarios no hacen la transición hacia instituciones inclusivas.
 - Contraejemplos: la reversión ocurre cuando, sin cambio cultural subyacente, los regímenes autoritarios dan paso a instituciones políticas inclusivas: Chile, España y (en menor medida) Alemania después de 1966.
- Las instituciones se autodisciplinan y funcionan incluso cuando la gente no cree en ellas, no actúa conforme a ellas o su moralidad, normas éticas y hábitos culturales las contradicen.
 - Contraejemplos: reversión democrática tras imposición tecnocrática autoritaria en Chile (después de Pinochet) y, en menor medida, Perú (tras Fujimori), Turquía (después de Özal) e Irán (tras la tecnocracia del Sha).